

LA CIENCIA DEL TRABAJO SEGUN EUGENIO D'ORS (*)

He aceptado como una grata distinción el haber sido designado por el director de la Escuela para pronunciar la lección de apertura este año en que terminan su carrera los primeros alumnos que han seguido el nuevo plan de estudios. Esta promoción nos permite apreciar como una realidad viviente la nueva etapa de las Escuelas Sociales.

Una simple ojeada a la lista de sus asignaturas revela no sólo el aumento de su número, sino también una modificación cualitativa. Se han refundido las que tenían carácter jurídico y político, y en cambio se han diversificado las específicamente sociales y las que de un modo directo abordan la realidad humana que es el trabajo. Realidad antigua, sin duda, pero que sólo en nuestra época se ha revelado con plenitud.

El trabajo es desde ahora cultivado entre nosotros desde el punto de vista del Derecho y de la Economía; de la Historia y de la Política; de la Técnica y de la Sociología; de la Sanidad y el Desarrollo. Junto a estas y otras consideraciones, se ha tenido en cuenta que el trabajo no ocurre sólo en la sociedad o en la economía, como de un modo concreto y visible ocurre en cada fábrica o taller, sino que al mismo tiempo, y antes y después, el trabajo es algo que ocurre en el alma del ser humano, en su intimidad personal, en su conciencia, o bien, si se ponen en duda estos términos, que el trabajo es una forma de comportamiento. Este hecho justifica la existencia de una asignatura consagrada a la *Psicología del trabajo*.

Para mí es esta una ocasión de despedir a los alumnos que me acompañaron en el primer Curso de esta asignatura y de agradecerles su inestimable colaboración. Buena parte de ellos tenían una mayor experiencia que la de su profesor en ese mundo del trabajo. Esto nos permitió entender mejor los libros sobre los cuales toda enseñanza académica ha de fundarse.

Los más asequibles para nosotros en aquel momento inicial eran una *Psicología de las relaciones humanas en la Empresa*, de Baumgarten, obra de ca-

(*) Texto de la lección de apertura del Curso en la Escuela Social de Granada.

rácter didáctico que reflejaba sobre todo la evolución de la sociedad industrial en Europa: una *Psicología de la vida profesional*, del norteamericano Super, libro con poca ciencia psicológica, rica en cambio en condicionamientos sociológicos de su país y de su tiempo, y una *Psicología social de la industria*, de Brown, que junto a su chispeante riqueza informativa contiene algunas reacciones del sentido común ante los abusos y exageraciones de una ciencia joven, un sensato libro de vuelta. En cuanto estos libros estaban elaborados sobre una base empírica, su aplicación para la enseñanza en España ofrecía algunas dificultades. Entonces, en 1967, a la traducción del *Manual* misceláneo de Katz, que descubría el panorama de la psicología moderna y de sus ramas, se añadió el capítulo del profesor español Mariano Yela, sobre Psicología del trabajo, quizá el primer planteamiento doctrinal en España. Posterior, de 1968, ha sido la traducción de la obra de un profesor alemán, Arnulf Rüssel, que había pasado de la Técnica a la Psicología, y que en el tratamiento de estas cuestiones alcanza perspectivas humanas. La ausencia de éstas, e más bien una especie de cegamiento para ellas, es frecuente en las publicaciones de Psicología del trabajo, en las que a veces el lector encuentra errores históricos, antropológicos e incluso teológicos. Quizá pueda prescindirse de la Teología, pero es inadmisibles una Teología falsa o banalizada. Alguno de los manuales citados afirma que el trabajo humano es para los cristianos una maldición y un castigo. Esto, sencillamente, no es verdad.

Y, precisamente, en la enseñanza de la verdad se trata. Por lo que se refiere a la Psicología del trabajo, lo único verdad es el trabajo. El resto son opiniones. La Psicología, para un observador imparcial, está dominada por el exclusivismo y el más cerrado espíritu de escuela. Su pluralismo radical la convierte en el gran espectáculo de la ciencia moderna. Naturalmente que esto lo hace tan apasionante y demuestra que está girando en torno a la verdad, y que no es una mera convención, como otras ciencias menos contradictorias.

El gran esfuerzo para hacer avanzar la Psicología como ciencia del hombre, separado, por una parte de la Filosofía, y por otra de la Fisiología, han sido expuestas en toda su difícil profundidad por Gemelli y Zunini en su clásica *Introducción*, que tiene el mérito de ofrecer una visión relativamente unitaria de la ciencia madre, y de sus irreducibles tensiones. Por supuesto, los libros usuales de Psicología se mueven en otro plano, y suelen prescindir prácticamente de las cuestiones fundamentales. Pero las cuestiones fundamentales son precisamente aquellas que se presentan siempre en la práctica.

Hay un autor al que debo y agradezco haberme proporcionado, a través de su obra, el estímulo principal para aceptar el encargo de esta enseñanza, y también algunas aportaciones concretas precisamente en esa dirección humanística que creo necesaria en el cultivo de nuestra disciplina. Este motivo

me ha determinado para tomarlo como tema de esta lección. Eugenio d'Ors (1881-1954), filósofo, novelista y crítico de arte español, autor de ensayos penetrantes sobre múltiples sujetos, merece ser recordado entre los precursores españoles de la Psicología del trabajo.

El interés de Eugenio d'Ors por la Psicología corresponde a su estancia de estudiante en París, a sus relaciones con Henri Bergson (1859-1941) y con Pierre Janet (1859-1947). En 1908 había asistido a los cursos de Georges Dumas (1866-1946) en el Hospital Psiquiátrico de Santa Ana, a las lecciones de Psicología de Félix le Dantec (1869-1917) y a las clases de Psicología de la imagen, del padre Peillaube, en el Instituto Católico de París. Al año siguiente participó en el Congreso de Psicología de Ginebra, del cual derivó una investigación en equipo, una encuesta dirigida por Fournoy y Claparède sobre los métodos de trabajo personal en las matemáticas. A Eugenio d'Ors le tocó interrogar a Henri Poincaré (1854-1912), de quien recogió confidencias sobre su modo de trabajar y sus efectos.

Pero además, Eugenio d'Ors debe ser mencionado quizá como el primer español que se ha ocupado de Psicología del trabajo, y como el introductor de estos estudios en España. En julio de 1914 publicó, en *La Veu de Catalunya*, una serie de glosas sobre la teoría general psicológica del trabajo humano, cuyo objeto debía ser el esfuerzo consciente para la realización eficaz del trabajo. Esta aportación concreta - a la que más adelante hemos de referirnos -, muy temprana, si se tiene en cuenta la cronología de nuestros estudios, responde a la curiosidad universal del autor, alma de enciclopedista, y también de su diligencia en informar a los lectores de toda novedad en los campos del pensamiento y de la vida. Pero gana un especial relieve si se recuerda que Eugenio d'Ors fue profesor fundador de la Escuela Social de Madrid, en cuya ilusión de cátedra fue elaborando, a través de una asidua y puntual docencia su obra más esforzada y ambiciosa, *La ciencia de la cultura*, superior a sus fuerzas, según hubo de declarar, confirmando con ello lo elevado del propósito, y cuyo texto, incompleto y, por lo tanto, fecundo, sólo llegó a ser publicado con carácter póstumo.

Acerca de las Escuelas Sociales, nuestro autor defendió siempre la necesidad de añadir a las enseñanzas de orden técnico, económico y jurídico, las de carácter cultural y humano, de tal suerte que la asistencia del espíritu inflamase y nutriese las tareas del aprendizaje sociológico. Concebía él la figura de los graduados sociales no como jueces de campo en los conflictos, sino como creadores de una civilización popular, como agentes de cultura en el mundo del trabajo. Un análisis de su obra literaria nos lleva a comprender que, además, él impulsó un movimiento complementario: llevar el trabajo, sus categorías y experiencias, al mundo de la cultura. Y en este sentido, fue

un precursor de la renovación actual de las escuelas sociales y de su latente aspiración al rango universitario.

El acceso del trabajador a los bienes de la cultura queda incompleto y desprovisto de raíz si al mismo tiempo no se integran en la cultura las aportaciones específicas que provienen del mundo del trabajo. Entre la cultura y el trabajo, Eugenio d'Ors consiguió algo que había declarado, era lo que más ambicionaba en su vida: haber construido un puente.

En su obra ocupa el trabajo, precisamente el trabajo manual, una posición clave. En esto, constituye una excepción entre las grandes figuras intelectuales de su época y de su país, si exceptuamos aquéllas que se inclinaron de un modo especial a los problemas sociales. Pero a éstos, fue el problema de la justicia el motivo que les atrajo, no tanto la íntima naturaleza del trabajo mismo, su calidad humana. En el panorama de nuestra literatura —pero es mucho lo que desconozco—, la actividad y las tareas de los trabajadores apenas han sido captadas; acaso más las relaciones del trabajo, o sea su Sociología; pero menos su dimensión personal, su intimidad, su Psicología. Azorín revela su estudioso interés por los antiguos oficios, y su estética y su riqueza de lenguaje. Y también, sería injusto no mencionar, conociéndola, una aportación esencial y definitiva del poeta Juan Ramón Jiménez, una conferencia de 1936, mucho más tarde publicada y accesible al lector español, de grave sustancia, y cuyo título encierra algo así como el más alto objetivo para una Psicología del trabajo: *El trabajo gustoso*.

Sin muchos precedentes, sin muy nutrida compañía, quisiéramos preguntarnos por el motivo que llevó a nuestro autor a interesarse por el trabajo manual, y a dedicarle durante toda su vida, una atención solicitada por tantos otros temas de las letras, las ciencias y las artes. No parece que fuera el más sencillo y natural de que él mismo, como otro D'Alembert, hubiera desempeñado un oficio manual, y luego, al pasar al oficio intelectual se hubiera conservado fiel a su origen, y alcanzado a entender su profundo nexo y a cultivar su fecunda comunicación. Pero si no en el plano de los hechos, en el más alto de la significación, el motivo fue precisamente ese.

Conforme a un fenómeno psicológico que él observaría, se dio al lado de su vocación principal, una segunda vocación no atendida, pero interiormente activa, por el trabajo manual, para el que, sin embargo, carecía de aptitudes. Por este motivo quizá asignó a su otro yo literario, encargado en ocasiones de decir cosas a las que deseaba imprimir un especial énfasis, a Octavio de Romeru, uno de sus primeros escritos en castellano: *Cuando yo era metalista*. Toda la glosa es una cálida evocación en la que el refinado caballero declaraba haber ejercido ese oficio en un taller de Barcelona. Y también un exacto profesigramas que registra — en primer término— las sensaciones de la luz,

de la temperatura, de los sonidos, de la convivencia en el taller, del manejo de las herramientas; de la canción que acompañaba a aquel trabajo. «¡Bienaventurada la tarea en que se puede cantar! Si en todos los oficios y profesiones pudiese cantarse, mientras se trabaja, tal vez de la transformación social que tanto se anuncia (se escribía esto en 1920) no todo el mundo estaría contento, es claro, pero ya nadie se sentiría cobarde.» Los buenos y honestos enseres: sutiles tijeras, limas elásticas, el tigre labrado en hueso de vaca, la pululante familia de los taladros y punzones, las bastardas brocas, lastradas cada una con un plomo en forma de medio limón afilado, alicates, llaves, martillos de maciza seriedad, y la llama vigilante del soplete, que escapa de su garita de estaño. Sobre esto, la fiesta de los rayos de sol, entrando en el taller e iluminando las partículas de polvo. Taller de pequeña metalistería, y su quehacer las labores llamadas «de Tula», del nombre de un pueblo ruso famoso en ellas, ya ejecutadas en el antiguo Egipto. El material, planchas u objetos de metal blanco, de plata a veces. Ante el operario, un dibujo, fijado en una especie de facistol.

La tarea consiste en abrir en el metal surcos más o menos profundos, copia de las líneas del modelo, con los builes, que dejan en la palma de la mano, entre el dedo índice y el de corazón, una pequeña callosidad de sensibilidad embotada, pero no desaparecida, y en la que la maceración produce un placer. Después, en el almírez, se elabora una pasta negra, compuesta de azufre y cobre, a veces también un poco de bismuto; se funde y aun se satura con azufre; una solución de sal de amoníaco le da la consistencia requerida; por fin, se extiende tal solución sobre la superficie ranurada. Al acabar esta operación, al operario le tiemblan las manos y castañetean sus dientes de frío. Pero a continuación, una reacción enérgica, al acercarse a la encendida mufla. Allí le entregan otros objetos, cocidos ya. Entonces hay que frotar, frotar fuerte, infatigablemente, con una piedra pómez que empuña la mano derecha, mientras la mano izquierda mantiene fija la pieza. Y la piedra va y viene contra el pecho, hasta que la respiración se agita, y hay que detenerse para que las gotas de sudor no caigan sobre la pasta negra. Y un descanso, la pausa en el trabajo, durante el cual se toma un segundo desayuno. Y vuelve a la memoria de los sentidos los sabores de aquel refrigerio, y el recuerdo avasallador de un apetito formidable, un hambre distinta a todas no sólo por la cantidad, sino por la calidad, que los dioses otorgaban a todos los jóvenes cultivadores de la pequeña metalurgia. Los efectos de aquel régimen confesaba el dandy haberle durado toda la vida, en salud física y en salud de mente. «El trabajo manual me salvó. Le debí la vida entonces. Le debo la serenidad aún.» Y la seguridad de contemplar impávido todos los altibajos de la suerte.

Hay algo más profundo que una actitud individual o la consecuencia de

un ambiente, en esa tendencia hacia el trabajo manual, que es como una raíz del pensamiento orsiano. Se trata de un carácter hereditario de su estirpe intelectual catalana. Su jefe y amigo, maestro en muchas cosas, el gran político Enrique Prat de la Riba (1870-1917), había iniciado su carrera con una obra premiada en 1895 por la Academia de Legislación y Jurisprudencia de Barcelona, presentada como tesis doctoral en la Universidad de Madrid y publicada en 1898. Su propósito era elaborar con propia sustantividad el derecho industrial, adaptando al desarrollo moderno la propia tradición catalana del trabajo familiar y rural. Uno de sus capítulos tenía por objeto el trabajo, y como presupuesto para una ordenación jurídica, una visión unitaria, de base psicológica principalmente, conforme a la orientación dominante en aquella segunda mitad del siglo, en la Universidad de Barcelona. Prat, discípulo de Durán y Bas (1823-1907), que, a su vez, lo había sido de Martí de Eixalá (1808-1857). Allí analiza el trabajo industrial como una combinación, en proporciones diferentes, de la inteligencia y el esfuerzo físico elemental, necesitado asimismo de un mínimo de ordenación mental. Son examinados los elementos variables de la duración y la intensidad, y las exigencias de continuidad en el trabajo intelectual, porque el estado productivo no se alcanza en él sino previo un esfuerzo de concentración de las facultades. «A medida que las facultades se concentran en un sentido, crece la intensidad del esfuerzo hasta alcanzar el máximo de productividad. Detener este proceso cuando ha alcanzado su período profundo, para emprenderlo de nuevo poco tiempo después, equivale a perder valiosas energías y destruir una de las características del trabajo intelectual.» De esta observación derivaba la conveniencia de una jornada larga y continua para trabajos con predominio de la función intelectual, como por fortuna han de ser todos cada vez en mayor medida. Y esta jornada abría aun un horizonte más favorable para el conjunto de la vida humana: al dejar un tiempo suficiente para la cultura.

Partiendo de la concepción del trabajo como un precepto del Derecho natural, Prat de la Riba estableció principios según los cuales la conservación y el perfeccionamiento del agente debían condicionar la índole del esfuerzo, su duración e intensidad, así como el lugar, medio y forma en que ese esfuerzo debía ser prestado. Y si bien admitía que estos principios podían ser objeto de diferente aplicación, según el lugar y la época, él, que había de actuar como resuelto regionalista, consideraba que las condiciones mínimas debían ser generales, universales, reguladas por la ley. Esta actitud hubo de ser recordada por Eugenio d'Ors como feliz inconsecuencia del estadista, cuando más adelante, y en ocasión de conflictos sociales, sostuvo que estas cuestiones no eran meramente locales o regionales, y ni aun nacionales, sino de índole estrictamente internacional.

La jornada de trabajo —a la sazón de diez horas en Noruega, de once en Suiza y de doce en Francia— el descanso dominical, que había sido el arranque y la semilla del pensamiento social de Proudhon (1809-1865), la remoción de elementos nocivos en el trabajo o en el ambiente, los accidentes en sus causas y en su repercusión, y otras muchas cuestiones fueron abordadas con seriedad y objetividad por Prat de la Riba, sin perder de vista su objeto principal, la organización de la industria, pero con una viva conciencia de católico doctrinal y práctico, que siempre fue. Pues bien, sobre ese tratamiento del tema, desde los puntos de vista político y jurídico, social y económico, Eugenio d'Ors ha continuado como trenzando con su hilo inconfundible el elemento de la cultura humana en el trabajo. Esta vibración era, quizá, lo que faltaba en el planteamiento del maestro, y lo que ha añadido, superándole, el discípulo.

Su primera expresión acabada (con algunos trazos procedentes en el Glosario) la encontramos en una conferencia leída el 20 de enero de 1915 en la Residencia de Estudiantes de Madrid, que lleva por título «Aprendizaje y heroísmo». Desarrolla, pues, uno de los temas de nuestra asignatura, pero como veremos lo hace extensivo a todo el proceso del trabajo, la base de cuya perfección es precisamente un adecuado aprendizaje. El objetivo de aquellas páginas de prosa perfecta está señalado en sus palabras preliminares: «Elogiar la línea de heroísmo en el trabajo profesional, en cualquier trabajo profesional y en la preparación a él, en el estudio y el aprendizaje». Este aparece como una etapa intermedia y bien definida entre el estudio y el trabajo, con calidades y requisitos de ambos. No es una mera adquisición de conocimientos sino fundamentalmente un adiestramiento.

La disertación comienza con algunos ejemplos. Hay un dibujante que trabaja sólo por la ganancia y desprecia su quehacer diario porque él desearía realizar una obra artística superior. Este hombre ha permitido que el espíritu se aleje de la tarea en que ocupa sus manos. Un efecto sin duda generalizado en ambas zonas del trabajo industrial, aunque no, seguramente, por culpa de los trabajadores, sino acaso por las condiciones mismas del trabajo. De aquí, creemos, la atmósfera de tedio y aburrimiento que emana muchas veces de los libros de Psicología del trabajo, en los que parece darse por supuesto que la actitud del trabajador ha de ser necesariamente la de ese dibujante. El remedio, sencillo, pero no fácil que propone nuestro autor, está en la actitud contraria: en llevar espíritu a la labor que ocupa las manos. Toda faena, nos dice, se vuelve noble cuando la anima el espíritu. Hay una manera de realizar cualquier trabajo, cualquiera que sea, como recoger basuras o escribir sobres,

que revela amor, cuidado, armonía, y hasta la pequeña chispa de fuego personal que caracteriza a las obras de arte. Y éste, tal es la audaz afirmación, puede florecer en cualquier obra y aun obrilla humana.

La afirmación puede parecer gratuita y a alguien parecerá que disparatada. No veo la posibilidad de discutirlo con argumentos, ni el autor se paró a hacerlo. Por mi parte sólo puedo añadir que yo lo he visto. «Todo trabajo, incluso los tenidos por viles, pueden ser redimidos por el espíritu y secretamente transformados.» ¿Cómo no habría de serlo el trabajo industrial, que es esencialmente una gran creación del espíritu?

El espíritu. Ésta es la cuestión. Confesó el autor que no sabía exactamente lo que quería decir con esa palabra, a qué espíritu se refería. Pero a pesar de eso, aconsejaba su repetición. Y esto, porque nosotros no sabemos exactamente lo que el espíritu es, no lo entendemos, pero él sí lo sabe, el espíritu nos conoce y nos entiende y nos da disposición para entender.

El moderno tiene cierta resistencia al espíritu. En cambio, ha aceptado la Psicología, y tampoco sabe de qué *psiquis* se trata. Mucho menos después de leer un libro en que simplemente se desarrollen los postulados de las diez o doce tendencias más sensatas que corren bajo el nombre de Psicología. Espíritu o *psiquis* cifran, en último término, la misma incógnita; la primera, ligeramente más fácil de pronunciar.

Éste es el principio cardinal de la ciencia del trabajo que Eugenio d'Ors acarició, y que intentamos espigar en el campo abierto de su obra, en lo exterior dispersa, pero de íntima unidad. Cualquier oficio se vuelve filosofía, se vuelve arte, poesía, cuando el trabajador le da su vida, cuando no permite que ésta se parta en dos mitades: una para el ideal y otra para el menester diario. La unión y síntesis que él propone no como cosa fácil sino como una hazaña, y que conduce a la síntesis de estos contrarios: la obligación y la libertad; la rutina y la inspiración.

Como su pensamiento no era abstracto, sino figurativo, a ese ideal le encontró un arquetipo, una figura que él propuso como patrón y modelo a los trabajadores, con su estilo laical, Bernardo de Palissy. Su biografía le sedujo y nunca dejó de invocarle, patrón de los buenos artesanos, junto a la serie de grandes sabios y artistas, con cuya evocación gustaba de rodear su propia tarea.

A Bernardo de Palissy (1510-1590), se deben descubrimientos en Química y en Geología, y es recordado como escritor y artista. Pero lo que en él admiraba nuestro autor es que en su origen había sido un artesano y que nunca había dejado de serlo. Sobre esta condición inalterable había descendido una inspiración. Artesano que había realizado invenciones dentro de su oficio y

que lo había llevado a una perfección soberana. El volvió a encontrar antiguos secretos perdidos de su arte. Llegó a quemar los muebles de su casa para proseguir una de sus cocciones, y aceptó el menos brillante heroísmo de pasar, él y los suyos, años de miseria antes de ver el triunfo de su porcelana. Como escritor, debe su fama al modo como redactó las reglas de su arte, sus ideas y sus recuerdos de una vida de trabajo. Fue también una personalidad religiosa: hugonote muerto en prisión por no abjurar de sus errores. Y esta valiente actitud procedía, según su admirador, de la misma condición de artesano: había trabajado su conciencia como una de sus obras de barro.

De Bernardo de Palissy era una máxima que nuestro autor citó muchas veces: «Si la agricultura es conducida sin filosofía, eso equivale a violar cotidianamente la tierra con todas las sustancias que contiene.» Una idea errparentada con ésta encontramos en un amigo y lector de Eugenio d'Ors, Antonio Machado, quien afirma algo que debe saber el estudioso de Psicología del trabajo, y es que «todo trabajador tiene una filosofía de su trabajo». En relación con el aprendizaje, y con el estudio que le precede, el autor utilizó la observación psicológica, según la cual, el proceso mental no procede sólo de dentro a fuera, sino también de fuera a dentro, lo que recibe el nombre de «origen periférico». Análogamente, afirmó, existe una prioridad del conocimiento sobre el interés: no aprendemos las cosas porque nos interesen sino que nos interesan en la medida en que las hemos aprendido. De aquí la importancia y aun la preferencia concedida por él a la memoria en todo estudio y aprendizaje. Saber una cosa es recordarla en el momento oportuno.

Aprendizaje, aprender, saber. Hay en el saber un momento en que éste se produce, precisamente tras una larga sucesión de esfuerzos que parecían perdidos; tan sin relación aparente está con ellos que el auténtico saber parece como gratuitamente sobrevenido. Y esto es así porque la adquisición mental madura largamente, y hay un momento en que se desprende como un fruto. El saber es como una recompensa. Pues lo mismo, cualquier especie de habilidad espiritual o corporal. Función insustituible de la dificultad en todo estudio y en todo aprendizaje, cuyo enemigo principal es, en cambio, la facilidad.

Estudio y aprendizaje; éste, un peldaño más alto y necesario en todo trabajo: intelectual o manual; para el médico y para el encuadernador. La diferencia es que el estudiante sólo ejercita la mente, mientras que el aprendiz pone en juego toda su personalidad.

El resultado del estudio es la aptitud; el resultado del aprendizaje es la competencia. Aptitud y competencia, que a veces se confunden. La competencia que proviene del aprendizaje, socialmente es distinción, porque el competente es, en un orden de funciones, distinto y superior a los demás. La

consecuencia en que toda profesión constituye una aristocracia. El modo como Benvenuto Cellini había recordado en su libro el nombre, el linaje, la especialidad, las cualidades y las obras de los artífices florentinos que fueron sus contemporáneos «aquellos que operaron mejor que los demás» —muchos de ellos olvidados de no ser por esta mención, correspondía exactamente a esta idea de la aristocracia cuyo blason es la competencia.

Toda navegación necesita una estrella. La estrella en la vida del aprendiz es poderse llamar —en cualquier oficio— al igual de tan altos varones, como aquellos cuyas vidas escribía el Cellini, que no eran artistas, sino artesanos distinguidos. Uno de ellos había sido maestro de Leonardo. Un artesano maestro de un filósofo; nunca ha sido mejor expresada la dignidad del trabajo manual y su paridad espiritual con el trabajo intelectual.

«La verdadera gloria — escribió un autor cuyo nombre salía todos los días en el periódico —, no está en que mañana saiga nuestro nombre en el periódico; la verdadera gloria está en que dentro de cuatro siglos un lector encuentre en un tratado de cualquier oficio el rastro de un nombre o de una obra, y lo que ellos han traído a aquél de excelencia o mejoría.»

La conclusión de aquella conferencia arrancaba de un punto de melancolía, un *contemptus saeculi*, del que sólo un bien se salva: «Todo pasa. Pasan pompas y vanidades. Pasa la nombradía como la oscuridad. Nada quedará, a fin de cuentas, de lo que hoy es dulzura o dolor. Una sola cosa, aprendiz, estudiante, hijo mío, te será contada, y es tu "Obra bien hecha".»

Esta es la conclusión de aquella lectura, digna de ser incorporada como pieza única a los clásicos del trabajo, que nuestra época necesita reunir no sólo para decorar la nueva civilización que se funda en el trabajo antiguo y moderno, sino también para honor de las Letras.

El término «Obra bien hecha», acuñado, según creo, por Eugenio d'Ors hace cincuenta y cinco años, ha tenido fortuna, se ha incorporado al vocabulario usual y ha alcanzado el mayor triunfo de cualquier creación individual, que se olvide el nombre de su autor, y que parezca haber estado siempre. La maestría en el oficio, carácter del antiguo régimen artesano, es también un objetivo de la moderna sociedad industrial que procede íntimamente de aquél.

En cambio no creo que se haya conseguido todavía insertar ese elemento en la Psicología del trabajo, que generalmente se presenta como vuelta hacia el interior subjetivo del trabajador —a sus sensaciones, sentimientos, emociones, pasiones— como algo, padecido, experimentado por el propio ser. La Psicología del trabajo es todavía romántica, a pesar de sus coeficientes, sus esquemas, sus diagramas. Cabe, acaso, una versión hacia el exterior de esa Psicología, una versión liberadora y purificadora. Lo peculiar del pensamiento orsiano sobre el

trabajo, lo que le da su posición singular en nuestros estudios, es el papel otorgado a la obra, al resultado obtenido, que él consideraba no sólo como una proyección del espíritu, sino como su encarnación. Hay una Psicología de la personalidad, que intenta reunir en un sólo vínculo todos los elementos dispersos en los análisis psicológicos. Pues bien, la «Obra bien hecha» es la cima de la personalidad.

En el artesano vio nuestro autor un arquetipo en el que se juntan y superan aristocracia y democracia; artesano es aquél cuya alma tiene manos, y sus manos alma (NGL. I, 1.145). Pero en esta visión no dominaba la nostalgia sino el augurio. En esto se diferencia nuestro autor de muchos cantores melancólicos de la vieja artesanía.

El artesanado era el remedio para dos enfermedades del espíritu: el nihilismo y el sincretismo, que llevan, respectivamente, al anulamiento y a la confusión. Todo trabajo, y también el intelectual, debía realizarse con aquel sentido de humildad y responsabilidad, de la que procedía su eficacia (NGL, II, 180). La distinción, por ejemplo, entre forja y fundición era aplicable a todo producto del arte o de las letras (NGL. II, 196). Estilos de forja y estilos de fundición, que se conocen en seguida. Porque la materia densa, sólida y bien trabada, cabe no sólo en el hierro, sino igualmente en la pintura o en la prosa.

Del vocabulario de este ambiente no vaciló en extraer los términos virtuoso y virtuosismo. «A veces sueño con una especie de antología del trabajo manual.» Mientras los museos de artes industriales conservan y muestran lo típico, se trataba en esa antología de albergar lo perfecto. Y para designar lo perfecto en el mundo del trabajo era necesario restablecer el término *virtud*, con el sentido que le había dado el hablar italiano del Renacimiento. No la acepción blanda de disposición habitual para el bien, ni tampoco la acepción elemental de la fuerza y la eficacia, sino precisamente el significado de maestría y habilidad en el extraordinario y precioso. Virtud también, porque la disciplina para alcanzar la «Obra bien hecha» no es solamente una técnica sino una moral. En el término virtuosismo se asociaban fuerza, poder, excelencia, habilidad, maestría (NGL, II, 464). En cambio, toda idea de limitación, restricción, privación (inherentes a la acepción más difundida de virtud) quedaba aquí eliminada, así como era inaplicable a los casos de torpeza, fracaso o desistimiento. No había, según esto, posibilidad de virtud sin obras. Esta virtud era, por ejemplo, opuesta e incompatible con la «sinceridad», que justamente ha sido designada como hermana infeliz de la verdad.

Nobleza del trabajo. Eran razones psicológicas, pero no de psicología individual sino colectiva, las que determinaban épocas de elevación en que la Humanidad, impulsada hacia arriba, se afana por la nobleza, mientras que en otras

épocas la misma Humanidad está dominada por un oscuro anhelo en sentido contrario, como por una gana de retroceder, de rebajarse, de envilecerse. Y estos movimientos se manifiestan intensamente en el mundo del trabajo (*Epos de los destinos. Del vivir de Goya*, págs. 123 y sigs.). Así el Renacimiento había visto a todo artesano, fuese forjador, impresor u orfebre, deseoso de ganar con los títulos de maestría la nobleza. En cambio, a fines del siglo XVIII, una parte del artesanado recae en la «gleba». Epocas así conocen los estudiosos de la historia de las artes.

En ese Renacimiento había surgido una estirpe de grandes artesanos: los Plantin-Micretus. En medio de las agitaciones sociales ellos eran como una estrella fija, una guía segura, una salvación. Maestros impresores, artesanos perfectos: constelación amiga en el cielo de la cultura. Y el museo de Amberes que conservaba sus obras, uno de los pocos sanatorios que en el mundo tenía la religión de la «Obra bien hecha». Precisamente, en la historia de esta familia la decadencia arrancó del negocio excesivo a que la llevaron sus privilegios. Siempre el espíritu. Cuando las manos se emancipan de la materia, el espíritu se desinteresa de las manos, y cuando esto ocurre, huye del espíritu el sentido de la perfección (NGL, I, 487).

No solamente los artesanos históricos, y en cierto modo míticos, ocuparon a Eugenio d'Ors. Procuró también conocer a los suyos. En su propia época y país, encontró ejemplos que ensaizar, y nombres modernos que incorporar a su calendario de la obra bien hecha. Este no era asunto de individualidades, sino literalmente de ejércitos (NGL, I, 357). En esos ejércitos había héroes, y la mayor parte eran anónimos. El honor de sus nombres. Así el del carpintero Escapa que, en Figueras, había publicado un estudio sobre el carpintero Bosch, su maestro. Era páginas del Vasari. Encarnaba para nuestra época el auténtico hombre del Renacimiento, no el convencionalmente tenido por tal. El discípulo hacía una descripción concreta de las obras de Bosch; no una vaga alabanza de sus cualidades o de sus tendencias; ponía de relieve las soluciones logradas en obras concretas. El maestro había presentado en cierta ocasión las maderas obradas, y «seguro de que eran tales como debían ser, hizo terminar todas las piezas y encajes, sin tanteos ni dudas, terminándose el montaje con facilidad suma, y resultando en conjunto y en detalle, de la exactitud más cabal». Este era el lenguaje preferido por D'Ors.

Otro artesano: Federico Gorchs (NGL, I, 359), tipógrafo de Barcelona, al que una ciudad italiana del Renacimiento hubiera concedido funerales públicos. Había incorporado al repertorio de tipos de imprenta la bastarda española. Su nombre debía ser añadido a la lista áurea de nombres ilustres para gloria de los oficios.

Mariano Burgues y Serra, ceramista de Sabadell, en cuyo libro sobre la

Terrisa catalana encontró Eugenio d'Ors las páginas más sabrosas que había leído jamás. Los mejores párrafos, aquellos en que el artesano describe las sucesivas operaciones: «Dividiremos la pieza en cuatro secciones...» Era toda una ciencia. Y junto a la prosa, ceñida al asunto, los dibujos, no de adorno, sino de enseñanza. Momento en que el trabajo manual se convertía en lenguaje, expresión y comunicación, o sea cultura en su más genuina acepción.

La estimación por la artesanía nunca dio lugar en Eugenio d'Ors a las conocidas lamentaciones sobre las máquinas y el desarrollo industrial, tópico literario formado junto al hecho mismo que lo motivaba —por Carlyle (1795-1881) y Ruskin (1819-1900)—, difundido por toda Europa y llegado a nuestros días. Suena muy espiritual quejarse de la servidumbre del hombre a la máquina y la pérdida de valores morales que comporta. Frente a esa actitud reacciona abiertamente Eugenio d'Ors en 1927 (NGL, II, 53), y señala cómo puede entreverse ya una solución armoniosa del problema. Precisamente los daños del maquinismo habían sido más intensos en los pueblos que no habían sido inventores de las máquinas. Además, el progreso del maquinismo venía en remedio de los males provocados por el maquinismo inicial. «Poca máquina, lleva a la barbarie; mucha, devuelve a la cultura.» Los artificios industriales primitivos e imperfectos, habían significado una agresión para el hombre que con ellos se fatiga, sufre se mancha, en definitiva, se degrada. Los artificios más adelantados, por el contrario, emancipan al hombre, son más sencillos de manejar; con ellos, la inteligencia y la dignidad de la persona vuelven a recobrar su papel y señorío. Máquinas que exigen un mínimo de esfuerzo, máquinas que no agobian, sino que liberan al trabajador que las maneja. En aquella fecha, el término electrónica no había hecho su aparición en la industria, pero, simplemente, con la sustitución de las máquinas de vapor por las eléctricas, el adelanto industrial de una ciudad iba a poder manifestarse de modo diferente que por el número y el humo de las chimeneas, y a ser compatible con la belleza del paisaje. Nuevas modalidades de trabajo iban a acercarse al hombre moderno a aspectos venturosos de la existencia primitiva. La Humanidad —con las máquinas, a través de las máquinas— iba a experimentar de nuevo, con gusto renovado, los sabores fundamentales de la vida.

Cuando en el Congreso de Uniones Intelectuales celebrado en Barcelona, en 1929, Carl Buehler señaló como máximo peligro para la cultura el dominio ejercido en la vida del hombre por la técnica, que ha venido a ser el tópico de nuestra época, Eugenio d'Ors reafirmó su optimismo. Porque standardizar las cosas, racionalizarlas y, naturalmente, automatizarlas, era un modo de entenderse de ellas, y podía llevar a una libertad más alta. Por otra parte, así había ocurrido siempre, es decir, se trataba de una constante histórica. En el

siglo XI, una pequeña invención técnica tuvo saludables consecuencias para la libertad. La sustitución del yugo en la frente por el yugo en el cuello, al permitir el empleo de reatas de animales en el trabajo de acarreo, emancipó a los hombres de esta ruda faena. Se formaron razas de caballos de tiro y, paralelamente, en sentido inverso, grandes masas de población se emplearon en la agricultura, los oficios y el tráfico, con formación acelerada. Las pirámides fueron construidas por masas de esclavos; las catedrales, por corporaciones de albañiles y arquitectos.

Esta actitud general ante el trabajo tuvo además su expresión concreta en la indicación de una ciencia nueva que formuló el autor en la ya citada serie del Glosario (1914) que más tarde rehizo en castellano (NGI, II, 441-450). Esta se suscitaba en los libros recientes del ingeniero de Moscú P. K. von Engelmeier, *La técnica*, de Goldstein, y los *Principios*, de Taylor. Como aportación a la misma, el autor intentó una definición general del trabajo humano. Era necesario separar de la noción más amplia, en la que se incluye también el trabajo de un animal y el de una máquina. Por otra parte, debían ser halladas las notas comunes a todo trabajo humano: el de un minero como el de un artista; el de un matemático, como el de un negociante. ¿Existía la posibilidad de una definición comprensiva y a la vez delimitante? De ello dependía la posibilidad de una ciencia del trabajo. Como primera nota, aparecía la previsión de un fin útil. Pero una previsión, más o menos oscura, de un fin útil se da también en la actividad instintiva de los animales: en el trabajo de las hormigas y de las arañas.

La nota distintiva vino a ser —por una especie de intuición— la de una «oscilación progresivamente aproximativa». Esta nota se hallaba en el proceso general del trabajo, dentro del progreso humano. Pero también en cada obra, y aún en cada episodio o gesto del trabajo, en cada movimiento dentro de la actividad de cada hombre. La definición quedó así formulada: «Trabaja un hombre, siempre que al querer alcanzar un efecto —y pudiendo no alcanzarlo— multiplican las tentativas, más o menos implícitas (tentativas de mano o de mente) en torno a un punto único de éxito, intentando acercarse a él lo más posible.» Era un como multiplicar los disparos o simplemente un apuntar hacia un blanco. Este apuntar podía servir de esquema figurativo para cualquier trabajo. Apuntaba, con sus punzones y buriles el metalista de Barcelona, y también el escritor que busca la expresión justa, y el pintor que apunta entre dos colores o entre dos líneas, y el cocinero, entre dos sabores, y el carpintero entre dos golpes posibles, y el comerciante entre dos productos.

De esta figura de apuntar, derivaba la «eventualidad de equivocación como condición esencial para que se cumpliera un verdadero trabajo humano». De tal modo que una, por así decirlo, actividad infalible, en que no hubiera pos-

sibilidad de error, no sería tal trabajo, ni tampoco una actividad tan libre e incondicionada, en la que el error no significase nada, tampoco sería trabajo.

Definido así el concepto del trabajo, quedaba delimitada la materia de un estudio posible y seguramente fecundo, a saber, el de las leyes naturales a las que esta función está sujeta, y de las condiciones que pueden proporcionarle mejores resultados. Una ciencia especial del trabajo individual y colectivo.

Esta era la ciencia del trabajo o Espudástica, que tenía elementos fisiológicos, técnicos, psicológicos y también culturales. Derivada de esta ciencia habría una Espudotecnica, que formularía las reglas de buen trabajo. Ciencia y técnica cuya misión sería la de ordenar, racionalizar, mejorar de manera sistemática la función del trabajo.

Examinemos ahora algunas aportaciones concretas de Eugenio d'Ors a esa ciencia del trabajo, temas coincidentes con los usuales en la Psicología del trabajo. Pondremos sólo de relieve las particularidades.

La vocación. En el tema de la vocación hacia determinados trabajos creía el autor que había mucha mitología (NGI, I, 627). Rechaza la idea habitual de que la vocación sea una llamada desde fuera, como una exaltación hacia algo lejano. La entiende más bien como una fuerza de gravedad. La vocación son las obras mismas. No las obras por hacer, que llamen, sino las obras ya hechas, que obligan. Es lo ya realizado lo que impulsa la vocación. De aquí que la vocación no sea tanto el impulso inicial como la fuerza que lleva a la consumación y a la perfecta consumación del trabajo. Por esto, nadie puede llamarse buen joyero o buen agricultor hasta después de muerto.

Más sobre la vocación (NGI, I, 357). La pluralidad de vocaciones en un mismo sujeto. En cada hombre hay, por lo menos, dos vocaciones; una consciente y dominante; otra, subterránea, pero latente. Esta hace objeciones a la primera; se alza a veces y se rebela. Y se entrelaza entre los productos de aquéllos. Las mutaciones y dualidades a que esta pluralidad ocasiona no son negativas; se le deben creaciones en todos los campos. La segunda vocación, preterida, proporciona fuerza o agudeza especial a la vocación dominante.

Una cuestión abordada en la *Ciencia de la Cultura* (pág. 322) fue una clasificación universal de las profesiones; tarea difícil, insuficiente siempre, pero necesaria si se intenta una determinación objetiva de la realidad sobre la cual se despliega la Psicología del trabajo. En primer término estableció entre el trabajo anónimo, o sea aquél en que la huella de la diversidad personal del productor no es perceptible (o bien, convencionalmente, no es tenida en cuenta) y aquellos otros cuyo significado está adherido a una personalidad.

Entre la producción humana anónima cabía distinguir entre aquella en que

el anonimato es inherente a la índole misma del producto y aquella en que el anonimato es circunstancial. Unos y otros trabajos pueden ser individuales y colectivos.

Otra clasificación separaba trabajos en los que la producción aparece de un modo concreto, concentrado, como ocurre en la fabricación de objetos materiales, y trabajos de efecto más difuso, cuyos resultados no derivan visiblemente de la actividad.

Esta clasificación quedó expresada en un cuadro, en el que los anteriores criterios agrupaban las profesiones en tres grandes secciones: Manuales, Liberales y Sociales.

El trabajo manual es más exactamente corporal, pero la mano es su símbolo. Hay una cultura de la mano, a diferencia de la cultura de la vista y del gusto. El *homo faber* es el hombre dotado de una mano que trabaja. De la mano humana surge un tipo de cultura, cuya edad de oro fue la Edad Media. El artesano es una creación específicamente medieval. Cuando la mano queda libre, la liberación para un gran número de hombres de la tarea de cargar y arrastrar, ha permitido el empleo de las manos. Simultáneamente surgen las corporaciones de artesanos. Sus privilegios son paralelos a los de la nobleza. Uno de los rasgos de esta civilización artesana es su internacionalismo, su relativa autonomía respecto a poderes locales y territoriales, mayor donde los oficios alcanzan un máximo esplendor. La inmovilidad del saber puro en la Edad Media, contrasta con el dinamismo que se revela en el campo de las tareas prácticas y de las invenciones útiles.

El brazo tiene un distinto valor psicológico, en la guerra, en el juego, en el trabajo. Entre los sentidos, la vista otorga al trabajo humano una superior significación, por ser la corona del pensamiento: su alfa y su omega. El hombre, gracias a su posición derecha, puede abarcar con una mirada mayor número de objetos simultáneamente. En los animales que vuelan, la ventaja de la altura es destruida por la superficialidad; pueden tener orientación pero no contemplación, que es lo específico humano.

Nuestro autor ha preconizado un arte de mirar. La imprenta acostumbró a la Humanidad a leer; de esto se pasó a no emplear los ojos casi para otra cosa que para leer, y a buscarlo todo en los libros. El hábito de no mirar servía de base a curiosas experiencias de laboratorio.

Entre las nociones de esfuerzo y obra, el autor sitúa la noción de tarea. En ella se encuentra el método, el camino y el arte que conduce al resultado. Es precisamente la zona en que se reúnen la obligación y la norma con la creación y la libertad. La tarea es la zona central para la observación psicológica.

El trabajo se desarrolla en el tiempo; son variadas sus relaciones. Sobre

el tiempo tenemos una declaración del autor: adoraba el calendario. Lo consideraba como una de las primeras victorias decisivas, como un exorcismo de la Humanidad, y también de cada hombre frente a su jornada. El calendario es el anti-tiempo. Instala sobre su flúida y amorfa corriente la permanencia, la regularidad y la medida. En cambio, el plazo es, con la muerte, el gran enemigo de la perfección.

La medida del tiempo es relativa y debe ser adaptada a la índole de los acontecimientos a los que se aplica. La adecuada unidad de tiempo para el trabajo es la semana. La semana no es sólo una medida objetiva de tiempo sino una vivencia personal. Contando por semanas es como se ve crecer la obra. El ritmo semanal se traduce en dos consecuencias, una que se refiere a la eficacia y otra a la fatiga. La semana sucede en la intimidad del trabajador.

Derivado de esa unidad de tiempo es la distinción entre la serie de los días de labor y el día de fiesta, distinción que tiende a perderse en los trabajos intelectuales, en los que nuestro autor procuró restaurarla. En dos glosas sucesivas ha aplicado ese ritmo del trabajo manual a la propia tarea. «Hoy es día laborable. El escritor rechaza la tentación del lago y se propone cumplir el programa de aplicación metódica y tranquila.» Quince capítulos entre sesenta días, quiere decir cuatro días un capítulo. Como puede calcular un tejedor o un carpintero. «Pero mañana es fiesta.» Este es el ritmo temporal del trabajo.

El ritmo penetra en la realización del trabajo. La prisa es inútil. La medida facilita la memoria; lo que se rememora se perpetúa. Sólo hay una nobleza, que es la medida.

Condiciones ambientales del trabajo. El testimonio recogido por Ernst Reinhar, que transmite Julio Goldstein en su libro *La técnica*, se refiere a la queja de un trabajador por el obsesionante y total color blanco que le rodeaba en el trabajo: «La urdimbre, la trama, todo blanco. La mirada no encuentra punto alguno de reposo... Y el alma —añadía Goldstein— se llena de odio hacia las organizaciones vigentes.» Nuestro autor había observado que en las zapaterías de viejo, en las imprentas, en carbonerías, en talleres de metalurgia, y en otros lugares de faena monótona, era frecuente ver pegados en las paredes recortes con grabados o trozos de grabados, con preferencia de colores vivos. Esta práctica encerraba una aspiración esencialmente artística. Esos grabados son pegados allí como ventanas abiertas a la variedad del mundo. Sirven para que el operario a la vista no sea todo blanco, o negro, o gris. Y entonces propuso como una fundación piadosa para el préstamo de estampas coloreadas a los talleres. Imágenes nobles, fieles reproducciones de obras clásicas, o quizá violentas expresiones de arte moderno, tonificadoras para el sentido de la vista. Estas estampas quedarían un par de semanas en cada taller y después serían reemplazadas por imágenes nuevas para evitar la nueva monotonía.

Constaba al autor que esta atención no dejaría indiferentes a los obreros. No hablaba de oídas. Y debemos creerle.

Otra condición ambiental: el ruido. Hacia 1934 surgieron, en Suiza principalmente, tendencias encaminadas a la unificación legal de las señales sonoras. Nuestro autor consideró que más importante que el factor intensidad tenía el de incoherencia. No era el dinamismo lo perjudicial sino la pérdida de orden y de ritmo. Señaló la reciprocidad entre la anarquía de los ruidos y la anarquía de las mentes. Quizá la solución sea no apagar el ruido, sino buscarle el ritmo.

Acaso se hace demasiado ruido acerca del ruido. Más grave que el ruido consideraba el autor la insuficiencia de la luz. La guerra contra la luz insuficiente debía ocupar a los interesados en la higiene y aun en la moral y la paz de las colectividades. El higienista Buening había estudiado con resultados impresionantes la falta de luz en las habitaciones humanas, y creado la figura de habitación enferma de mal de oscuridad. Falta de luz natural y defectos de la iluminación artificial. Fue recordada una ordenanza de Federico el Grande en virtud de la cual en las casas que se construyeran debía verse, desde la habitación más baja, por lo menos un pedacito de cielo. Esto, para Eugenio d'Ors, no significaba sólo una cantidad sino una calidad de luz.

La fatiga es uno de los tópicos usuales de la Psicología del trabajo. Suele atenderse sus efectos negativos. Nuestro autor ha señalado un aspecto positivo: «Hay en la faena de los talleres un momento en que aparecen los mejores productos. Un poco antes, la emoción no es tan vibrante aún. Un poco después, la habilidad decrece. No se trata sólo de una intuición. Un experimentador norteamericano, Gates, llegó a la conclusión de que el organismo puede producir la cantidad mayor y la mejor calidad de trabajo en el momento en que las sensaciones de fatiga y otros factores del mismo género nos hacen creer que la potencia de trabajo se ha debilitado.» A esto asociaba nuestro autor la observación de que la mayor intensidad en la labor propia se producía al atardecer. La fecundidad de la fatiga es ciertamente un alivio en la existencia, tan visitada por ellas. La sabiduría popular de un país había dicho: «Cansados hacen trabajos».

Junto a la fatiga, el descanso. El cantor del trabajo y de sus maravillas nos dejó también una pequeña teoría del descanso. Entiende que hay descanso de varias dimensiones. Un descanso lineal, el que transcurre en el tiempo, pero no es penetrado por la inteligencia ni por la conciencia. Los descansos cortos suelen ser de ese tipo. Es un descanso que no se saborea. Descanso de dos dimensiones: descanso en que se pierde la noción de la medida del tiempo, y esto le da ya una como anchura. Es el descanso en que no rige ya el calendario ni el reloj. Había, según él, un descanso de tres dimensiones. Descanso

con volumen, que las manos parecen sostener. Descanso, por tanto, que era necesario llenar. Descanso activo. La observación lleva, naturalmente, a una cultura del descanso, como complemento de la cultura del trabajo.

Este puñado de referencias entresacadas de un repaso a alguno de sus libros, nos revela de qué modo tan constante y con qué unidad de criterio ocupó el tema del trabajo manual a nuestro autor, y con qué derecho Eugenio d'Ors debe figurar en la serie de intelectuales para quienes no pasó inadvertido el trabajo de sus hermanos. En todas ellas, sean originales o simplemente recogidas de otros autores, campea la unidad de su estilo. Supo descubrir no solamente la dignidad de ese trabajo sino su significado cultural. No sólo su moral, sino su estética. Eugenio d'Ors no es simplemente un pensador que se acerca al trabajo manual con una especie de condescendencia, sino con admiración: lleva al oficio intelectual calidades y experiencias del trabajo manual. Todas esas observaciones han sido hechas no precisamente para aleccionar sobre el modo de trabajar en los estudios y en las artes. El ha estimado los productos intelectuales y artísticos en la medida en que se pareciesen, en que tuviesen algo de la humildad y de la responsabilidad del buen trabajo manual. En este sentido su ciencia del trabajo, rigurosamente diseñada, muestra las posibilidades que para la Universidad, como corporación de todos los estudios, encierra nuestra Escuela Social, y las disciplinas que en ella se cultivan.

RAFAEL GIBERT

